

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 1 DE SEPTIEMBRE DE 1895

Num 19.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Victor Jerez.

Co-REDACTORES:

J. Antonio Solórzano Isaías Gamboa

ADMINISTRADOR:

Gustavo M. Medina.

Desde hoy queda encargado de la administración de *El Fígaro*, el señor don Gustavo M. Medina, con quien se entenderán nuestros lectores.

El Fígaro se distribuirá todos los lunes por la tarde. Las personas que no lo reciban por algún descuido de los repartidores, se servirán darle aviso al señor Administrador, en la oficina de la Dirección de la Imprenta Nacional, 10ª avenida Sur, N° 84—Teléfono N° 27.

La virgen muerta

CLOTILDE NAVARRO

En su lecho, cubierta de nardos
y blancas gardenias,
bajo un velo sutil y muy albo
la niña está muerta.

Cerca de ella, muy cerca, está el piano,
aquel cuyas teclas,
al sentir las caricias suaves
de sus manos bellas,

ya gemían ó bien sollozaban
cual almas enfermas,
ó reían á veces cantando
cual aves parleras.

Impalpables querubens y ángeles
el lecho rodean,
pues yo siento un rumor como de alas
que la estancia llenan.

¡Ah! las almas de vírgenes tristes
hacen guardia á la pálida muerta!

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

Clotilde Navarro

Ha muerto! No sé qué hondo dejo de dolor, no sé qué amargura encierra esta palabra. Ha muerto! Es decir, se ha ido para no volver más, la que ayer estaba llena de vida; ha emprendido sola, ese camino al país de las sombras, vestida de blanco, coronada de azahares, como una novia que va al templo. . . . Es un crimen horrendo el que ha cometido la Muerte al tronchar, como se truencha una hermosa flor de mayo, la existencia preciosa de Clotilde. ¡Ha muerto! La he visto, en su lecho de muerte, pocos momentos después de consumado el fin; la he visto, en el catafalco blanco, vestida de blanco, coronada de flores, he presenciado el acto de colocar el cadáver en el ataúd blanco, la he acompañado al Cementerio, he visto el acto solemne de darle cristiana sepultura, y hoy, con la pluma en la mano, frente á las cuartillas listas, me parece que todo aquello ha sido un sueño. Pero no: todo ha sido una realidad, una realidad fatal. Clotilde Navarro ha muerto, se nos ha ido para siempre. Clotilde muere joven, en plena edad de ilusiones y ensueños. Muere, cuando las rosas de la vida comenzaban á abrir, ante sus ojos, sus abanicos de seda, sus broches de armiño, húmedos de rocío. Nos la envidiaron de arriba y Dios, tuvo á bien llamar á sí el alma de la apreciable amiga. Dios nos la dió y Dios nos la quita, dejando á su familia y á sus amigos que la apreciábamos y queríamos, sumidos en hondo desconsuelo.

Clotilde era toda una artista. Había momentos en que "la señorita de casa", hacendosa, amable, se iba, para dejar en su lugar, á una artista exquisita. Pianista, pocas como ella sabrán comprender y amar al mismo tiempo á ese mago de la nota que sellamó Beethoven, á ese pálido Rey, que se llamó Chopín, á ese hondo, nervioso, Wagner. Lo que Clotilde tocaba lo comprendía, lo sentía en el alma. ¡Cuántas veces, al ir á su casa en busca de José Belisario, mi compañero en la prensa y mi amigo querido, me detuve ante la puerta entreabierta, para no interrumpir alguna Sonata, algún Nocturno, algún Wals Brillante, que brotaba del teclado albo, bajo la caricia de sus dedos. Escuchaba un momento y luego me retiraba. No

interrumpía á la artista con mi presencia de burgués, en la sala, llena de luz, de perfume vago, de aire primaveral en que revolaba en enjambre armonioso la turba de notas. Ahora el piano ha quedado huérfano. El teclado siente la nostalgia de aquellas manos cariñosas y la charolada tapa no volverá á copiar aquella cara apacible y blanca, de hermosos ojos y labios húmedos. ¡Vele, cabe á él, las almas muertas de las notas de la última *rèverie*, de la última Polonesa! Clotilde, además, pintaba. Conocía el arte de Rafael y Walleau y sus pinceles han trasado algunos bocetos, algunas acuarelas, de las cuales conozco algunas en las que se revelan, por las combinaciones de todo, arreglos de matices, y líneas y contornos, la feliz disposición que para la pintura tenía nuestra estimable amiga.

Pero la muerte, cruel é implacable, Hada maléfica, quiso poner término á todo. Quiso escribir un epitafio negro á ese poema escrito con tinta color de esperanza. Ató, con listón negro, ese ramillete de rosas nuevas y lindas, que bañó de rocío triste. Quiso, que se fuera al cielo, esa que era joya de un hogar, orgullo de todos sus amigos, que supimos comprender sus virtudes y apreciar su modestia, su inteligencia, su amabilidad.

Vaya, por medio de estas líneas, á la apreciable familia Navarro, nuestro pésame más sentido y que hallen consuelo y resignación en el recuerdo de la que fue Clotilde. Para la tumba de ella, teje nuestro dolor, su guirnalda de rosas, ofrenda postrera á un alma delicada.

ARTURO A. AMBROGI.

Tarjetas fúnebres

A CLOTILDE NAVARRO

Pasaste, cual diáfana visión que envía el cielo para consuelo no más de los mortales, porque la mansión áspera y sombría de la tierra, no era para tí, ¡virgen ideal, artista soñadora!

La tiniebla helada de este mundo oprimía tu alma casta y pura, y por eso, pronto lo abandonaste para volar á la mansión celeste en donde encontrarás el objeto divino de tus ansias infinitas!.....

Huérfanos dejas muchos corazones, y negro crespón los cubre, pero en su centro vibrará siempre el eco inimitable de tus notas inmortales.

SANTIAGO CHAVES

OFRENDA

Al triste hogar envió esta corona
Que he podido formar de flores bellas:
Que al colocarla sobre el piano huérfano,
Sollocen de dolor las mudas teclas!....

R. MAYORGA RIVAS

CLOTILDE NAVARRO

Pálida como un lirio
Clotilde, artista y joven,
Vistióse del Empíreo
La inmaculada veste;
Subió cual la onda armónica
De un canto de Beethoven;
De hoy más tocará en su arpa,
Angel-artista, el tema:
"Felicidad celeste"

F. GAVIDIA

Muerta recibió mi primer saludo, que era también la última despedida. Cuando se ve desaparecer en el sepulcro un ángel que pudo haber sido nuestro amigo, la nostalgia de ese afecto desconocido nos arranca una lágrima.

MANUEL CABRERA

Flor temprana que alzó su lindo broche
una mañana alegre y venturosa,
el ábrego inclemente del destino,
en tenebrosa noche,
marchitó sus colores virginales
y deshojó sus pétalos purísimos.

Muerta la flor, sus hojas abrasadas
yacen bajo la tierra fría, oscura:
el perfume de su alma delicada
ascendió á la mansión de la ventura.

I. ZELAYA.

A qué llorarla? Ella es un mártir menos,
Y un querub en la esfera celestial....
Pero....es cierto: se ha ido, y ya no vuelve;
Regocíjese el cielo: nada más.

ISAÍAS GAMBOA.

Ví la urna funeraria
Donde estaba dormida
Entre blancos crespones
Y frescas margaritas.

En lo alto resonaron
Celestes armonías:
Volví la vista al cielo,
Medrosa y sorprendida,

Y te ví en el espacio
De querubes circuida,
La túnica flotante
Á merced de la brisa,

Las alas desplegadas,
Y subías....subías
Meciéndote en el éter
Magestuosa y tranquila.

Y pulsando las cuerdas armoniosas
De celestes liras,
Entonaron los ángeles el himno
De la suprema dicha.

Al perderte en las nubes,
En este mundo la mirada fija,
Extendiste la mano,
Y nos diste el "adiós" de despedida,

Después todo en silencio!
Yo quedé confundida
Y pensé: Ella es feliz . . .
"Le tengo envidia."

Más tarde . . . allá en el cementerio
Los cipreses gemían
Y un ángel velaba en el sepulcro
De la virgen dormida.

SARA.

Ha quedado huérfana la musa Armonía—
¿Cuál fué la última nota que arrancó á su piano?
¿Qué misteriosos pensamientos agitarían su alma
al abandonar la artista el instrumento favorito!

Como los cantores de la época del Renacimiento,
dejo mi corona de gardenias frescas y de
lilas húmedas en la tumba recién abierta.

VÍCTOR JEREZ

En las primeras paginas

DEL

ALBUM DE VIRGINIA AMBROGI

Puck, el travieso duendecillo que se esconde tras un pétalo de lirio ó en el cáliz aromado de una gardenia, estaba sumamente disgustado, pues al pasar bajo inmaculada violeta se desprendió una gota cristalina, que para el caso fué lluvia torrencial; y aunque el alado chiquitín andaba triste desde el desprecio de Rosalinda, no pudo menos que regocijarse cuando vió abierta una ventana, en la que formaban caprichoso cortinaje enredables y simpáticas enredaderas.

De un salto llegó á la estancia en donde el general desorden indicaba ser aquella la mansión de una escritora, el caliente nido de una artista de la frase cincelada; y no debe causar admiración que el visitante conociera esto, pues cuando él se enamora, las caléndulas repiten sus madrigales y se extasían con sus rimas, que perfuman como azahares.

Del vecino jardín llegaba un rumor de fies

ta: era Céfiro que entretenía sus ocios, arrancando pétalos y viendo á las mariposas que extraían la esencia de las flores: era aquello la algarada jocunda de la savia, el himno triunfal de los aromas.

El pícaro geniecillo jugueteaba con los bronces de la mesa de estudio; de un esfuerzo se situó en lo alto de voluminoso diccionario, y haciendo graciosa figura sobre un tomo de Gauthier, leía con sin igual placer los preciosos cuentos de Cautulle Mendés. Después de haber volcado un tintero y formado una gran mancha, en que el gracioso liliputiense quiso figurar su persecución por las abejas, de improviso se detuvo y se arrojó ansioso sobre el libro donde escribo estas líneas. Los preciosos bordados atraieron su cariño, y sabiendo, como sabe, ¡oh amiga! que es el álbum á manera de cofre misterioso donde el talento deposita diamantes de valía, esmeraldas encontradas en el depósito de las interminables esperanzas y perlas quitadas á los albos jazmines en una mañana primaveral, quizo él también dejar en tu libro un recuerdo de su breve viaje, de su loca peregrinación.

A los pocos instantes se estremeció la habitación, y el soberano infantil se refugió entre estas páginas. Un viejo de luega barba cana y de mirada falta de fuego, se aproximó á la mesa y, viendo el libro, dijo: "Blancas son sus páginas como el ampo de nieve que deposito en la cimas de las montaña, como el humo que se eleva sobre el ara, como los vapores que ascienden al azul, como las alas de los ángeles, como las vestes de las vírgenes: es la blancura de la inocencia, la de la gota de rocío. Permanezca este libro sin que el desengaño lo manche, sin que una nube lo empañe, sin que una lágrima lo humedezca". Dijo. y el viejo Invierno se alejó.

Y el Verano quiso que en este joyel se reunieran la ardiente valentía de los campeones, el fuego poderoso del rayo, el aliento gigantesco de las volcanes, la sinfonía grandiosa de los cantos de victoria. Dejó en algunos lugares el aspecto majestuoso del sol al medio día, el esplendor de púrpura, la riqueza del cetro y el brillo de la corona. "Mios son los colores del iris, dijo, y á mi voz hay derroche de rubies y amatistas, que se engazarán en este álbum por el trabajo de consumados artistas."

—Reclamo por mí—prorrumpió el Otoño— Soy la estación de los recuerdos, el puente arrojado entre la ilusión y la desesperanza; domino al viento que arranca las hojas y se lleva los perfumes, que sopla en los pesados torreones y en los altos minaretes, que abate los robustos cedros y juega con las cándidas azucenas, impulso las copas de los árboles y me traen las ráfagas murmullos de amores, cantos tristísimos de la hoja que abandona la rama, de la lágrima que se eleva al cielo.

Al salir el Otoño, Puck, ya repuesto de sus emociones y colérico por los egoístas conceptos del viejo Invierno y de sus compañeros, exclamó: "Ven, adorada primavera, época feliz de los amo-

res, heraldo de todas las venturas: ven: ¡ven, estación hermosa, y contigo vengan los sonidos de argentinas campanillas, el aroma de la canela, las guirnalda de yedra y de verbena, los átomos de luz en ambarinas copas. Ven, y por virtud de mi deseo, vacía en estas amadas páginas el ánfora de tus perfumes, el cestillo de tus flores, la urna de tus esencias, ilumina el marco dorado de estas joyas con indecisa luz matinal y con sonrosados albores tropicales.

“Hermosa hija de la naturaleza, deja un lugar aquí tan solo, para las rimas delicadas como las rosas, para los versos que son como rítmico desgrane de notas, para la estrofa que perfuma como el sándalo é irradia como el nácar, para el pensamiento que tiene tibias esencias de la mañana crepuscular, vaguedades de la tarde, cálidos efluvios de las rosas tempraneras y raudales del azul de los ensueños”.

Puck se retiró de improviso, porque un amorecillo le trajo un mensaje en la hoja perfumada de una lila.

Ahora, gentil amiga, ya que por inexplicable capricho y por exclusiva culpa mía, el pórtico de tu palacio es de arquitectura modesta y sencilla, son mis fervientes deseos que la ofrenda de Puck sea aumentada gloriosamente, que acudan los trovadores á brindarte sus mariposas de oro y sus violetas de plata, que te traigan los silfos en nacaradas conchas el néctar de las églogas y el licor inmortal de la suave poesía virgiliana; y que al conjuro de un extraño mago el espíritu ardiente de Benvenuto, con perlas de Ormuz, diamantes de Golconda y corales de Erytree, y por la omnipotencia del arte, forme el espacio donde los productos de la inspiración vivan la perpetua primavera del sentimiento.

Especie de soberbia columna es este libro y sobre el capitel de ella, esparcirá sus esencias la sagrada flor del recuerdo.

VÍCTOR JEREZ

Al fin solos.

La nupcial ceremonia terminada,
Se va la concurrencia con presura,
Y la novia, radiante de hermosura,
Mira á su amado, pálida y turbada.

Sola ya la pareja enamorada,
Tiembla de amor, de gozo y de ternura;
El enlaza anhelante su cintura
Y ella en su hombro se inclina desmayada.

Un beso suena prolongado, ardiente,
Entre un rumor de encaje, rosa y seda;
El frases de pasión murmura á mares,

Y el velo aparta de la virgen frente,
Mientras, deshecha, por la alfombra rueda
La corona de blancos azahares.

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

Clemátide

Mira el cielo qué gris!

Las brumas pálidas de otoño tienden sus crespones blancos sobre el dormido espacio donde apenas parpadea una estrella; sopla un hálito de muerte que entumece los botones vírgenes y hace enmudecer los pájaros.

En vez del soplo tibio del perfume que emerge del rosal, va el viento helado cerrando con sus dedos temblorosos los cálices en flor.

Los rojos labios en su cárcel de púrpura aprisionan la enamorada música del canto y el tropel argentino de las risas; sobre los hombros blancos torneados cae el sedoso abrigo, y las arañas derraman de su luz el oro pálido, en un florecimiento cristalino por la callada estancia donde el piano espera silencioso que desate su careajada rítmica el teclado.

Es la hora misteriosa en que los sueños sacuden, al pasar, el sueve raso de sus temblantes alas en la frente de la dormida virgen, que, en letargo de amor, entreabre la camelia roja de su boca que oprime un beso alado, mientras sueña que estrecha dulcemente á un amado invisible entre sus brazos. . . .

Es la hora de los tristes pensamientos, de los rumores hondos y lejanos; la hora de la plegaria de las hojas, la hora en que gime y se estremece el árbol; la hora en que las flores que se cierran se coronan de lágrimas, temblando; la hora de las ansias melancólicas en que sueña el poeta enamorado con una mujer pálida y hermosa que en el alto balcón le está esperando!

VICENTE ACOSTA.

Elegía

Hermoso sauz que en la mañana lloras lágrimas de rocío,
que manan de tus hojas tembladoras,
regando de la tumba el marmol frío,
que guarda las cenizas venerandas del que fuera amoroso padre mío.

¡Hermoso sauz! que el viento rumoroso haces que gima tierno
cabe tus ramas, cántale armonioso en las sombrías tardes del invierno,
el himno plañidero y misterioso de los que duermen el reposo eterno!

ADOLFO MEDINA G

Musa Blanca

Aquella noche pensé más que nunca en tí. Sentado frente á mi mesa, con la pluma en la mano, delante de un puñado de cuartillas en blanco, intenté trabajar; pero la fantasía, fija sólo en tí, se resistió. La luz débil de la lámpara, agonizante ya, arrojaba sobre mi mesa desordenada su manto de claridad temblorosa. Por la ventana abierta, veía el cielo negro cuajado de estrellas, rosas de luz del jardín divino. Y entre la cohorte regia, la luna, abría su inmenso broche pálido, como una frondosa flor de lis. Las flores de las macetas del balcón, calada su capucha, dormían, mientras un vientecito fresco y pizpireto, mordía sus carnes de seda. . . . Y yo, amada mía, pensaba en tí. Iba mi alma, á través del espacio, en busca de la tuya. Iba á la cita misteriosa en el país dorado de la ilusión. Y creía que tú estabas á mi lado. Sí. Llegué en un momento á creer que tu entrabas por mi balcón, pálida como eres, con tus ojos de color indefinible, circuida tu cabellera negra con una aureola de luz de luna. De tus hombros, pendían sartas de rosas que despendían aromas embriagantes y tibios y un par de alas hermosísimas, color de nieve virginal, adornaban tus espaldas. Creí que llegabas á mí, cariñosa, afable, sonriente, como una musa. Creí oír tus pasos menudos sobre la alfombra; creí aspirar el olor de las rosas con que te adornabas; me era perceptible el rumor de tu respiración, que parecía roce de ala de paloma blanca en la corola de un lirio; sentía el latir suave y acompasado de tu corazón. ¡Ah, mi amada! Y te acercaste á mi mesa, y poniendo tu mano, blanca y fina, sobre la carpeta áspera, me sonreíste con tus divinos labios y me miraste de un modo nuevo y delicioso con tus ojos color de hoja de acanto. Y me dijiste, con voz que parecía ritmo de arpa celestial, arpegio de ruiseñor, arrullo de paloma, risa de ángel:

—¿Qué haces?

¡Ah! Eras mi musa! ¡Qué felicidad!
Y alentado por tí, bajo la caricia de tus miradas y al amor de tu sonrisa, al abrigo de tus blancas alas, formé para tu cuello, amada mía, un collar de versos, que en mis horas de en sueños color de rosa, creo prender, tembloroso, incierto, lleno de pasión.

CONDE PAÚL

Adela

(La letra.)

Escribir una zarzuela
Se me antojó cierto día,
Y sin ver como saldría
Escribí mi pobre "Adela".
De padre con los afectos
Presenté á la pobrecilla,
Sin contar que mi chiquilla
Nació con grandes defectos;

Porque nunca padre ha habido
—Y yo lo mismo he de ser—
Que pueda defectos ver
En niño recién nacido;

Además, en la hija mía
Desde que al mundo nació,
Noté placentero yo
Que una cualidad tenía:

Dicen que nacen llorando
Los hijos; más desconfiad,
Pues yo aseguro en verdad
Que Adela nació cantando.

Practicado cierto día
El bautizo de cajón,
Hice su confirmación
En el templo de Talía.

Para acto tan religioso
Y de tal solemnidad
Asistió con ansiedad
Un público numeroso.

Y es lo cierto que gustó
La chica á la concurrencia,
Pues con sobrada indulgencia
Muchas veces la aplaudió.

Mas á ello ha contribuido
Que la niñita parlera
Es sin duda la primera
Que aquí cantando ha nacido.

Por ella el cariño crece
En mi triste corazón,
Pues como padre, es razón
Amarla cual se merece.

Sus defectos corregir
Procuraré poco á poco,
Que de momento, es un loco
Quien lo crea conseguir.

Y aunque no vista de gala
Y aunque bonita no sea;
Yo la quiero linda ó fea,
Yo la adoro buena ó mala.

JOSÉ MARÍA GOMAR.

Primeras impresiones

(Capítulo de "Musa Callejera," novela en preparación.)

Te escribo, amable Renato, mi amigo querido, desde París, desde la ciudad tan soñada por nosotros, amadores del ideal, caballeros cruzados de la fantasía.

Te relataré algo de mis impresiones. . . .

Echado en el fondo de un wagón de segunda, arrinconado, somnoliento, tiritando de frío, dando diente con diente, sintiendo como que si á mis narices y orejas alguien pegase un trozo de hielo, hice todo el trayecto. Soñaba con mi Provenza dorada, con mi Arlés que eternamente acaricia un sol cariñoso y cálido; pensaba en todos, ustedes, mientras el tren corría. Largo trayecto;

mucho fastidio, mucho aburrimiento, luego... Me sacó de mi ensimismamiento un ruido estrepitoso. La campana de la máquina del tren sonaba con precipitación: el pito lanzaba sus gritos agudos: el tren iba ya lento, lento, hasta pararse de pronto. Era ya de noche. Me asomé á la ventanilla y vi que habíamos llegado ya. Miento. No lo supe de pronto, no me imaginé que hubiéramos llegado á París. Lo oí decir á un compañero de viaje, á un obeso anciano de cara coloradota y barba color de oro viejo, que á mi lado venía. Se levantó él precipitadamente, tomando de debajo de su asiento su sobretodo y un ridículo de piel, mien tras yo, sentado aún, friolento, tímido, no me daba cuenta de lo que pasaba. Creí que era todo un hermoso sueño; pero no; era todo una realidad. Sí, amigo! En París! Muy bien lo recordarás. Cómo soñábamos despiertos con esta ciudad grande, con sus libros, sus revistas, sus cafés, sus grisetas! Soñábamos ser ilustres, ¡oh, sí!, quién grande, formidable como Emilio Zola, cuyo puño de fierro desvarata á golpes todo lo ruin, todo lo burdo y soez; quién otro chispeante, apacible, como Catulle Mendez, como René Maizeroy, como Armand Silvestre; místico y blasfemo á la vez, creyente y profano, como Paúl Verlaine; soñadores y ricos, endiablado y jovial como Stephane Mallarmé.... Ah! Recuerdas? ¡Qué sueños tan hermosos é irrealizables! París!... Torre de marfil en que acurrucábamos todos nuestros ensueños!.... Escudo luciente!.... Lanza triunfadora....

Luego venía el desaliento. Cauteloso, en puntillas de pie, como un ladrón, llegaba el hastío. En pleno ensueño recibíamos el aletazo de ese ángel sombrío, que agosta las rosas de los ensueños y sume las almas en un marrasmo inexplicable. Dudábamos. Nos reíamos de nuestros ensueños locos. Creíamos que eso de ir á París sería algo como ir á Damasco... Todo rodaba al suelo, como frágil castillo de naipes.... Todo se disipaba como se esfuma el humo leve en alas del viento.... ¡Nosotros, pobres mirlos de Provincias, ir á París, á cantar en jaula dorada!

Estoy aquí, en la ciudad que queríamos para nuestros triunfos....

En verdad, París comienza á aburrirme. Siento un malestar infinito; desaliento. Me aburre todo ruido: deseo la soledad, ansío el silencio. Siento nostalgia. En mi alma han hecho su nido un grupo de aves sombrías.

Me he alquilado un cuartito, en el quinto piso de una casa del Barrio Latino. Cuartucho destartado, con su ancha ventana que cae sobre los techos de zinc de las casas. Ah! Yo que soñaba con un saloncito de estudio todo lleno de luz, con sus cortinas de azul muselina y su lecho blanco, blanco como el plumaje de un cisne, que pidiera mórvidas formas, no las rehechas carnaciones de la prostituta vulgar, sino aquellas formas casi ideales, aquellas morvideces, aquellas curvas de la virgencita rubia, la reina de la última de nuestras vendimias, aquella Loreley que coronábamos de hojas de vid y dábamos cetros de mieses de oro y le tegíamos palios de flores silvestres y

ramas nuevas y le hacíamos estrofas locas, que se iban volando por los aires, entre los árboles, como pájaros ebrios.

Frente á la ventana tengo mi mesita de trabajo, toda llena de cuartillas á medio manchar, porque aún no se me quita de encima aquella maldita costumbre de dar principio á un trabajo y no terminarlo por falta de voluntad. ¡Recuerdas cómo despreciábamos un libro de Zola? ¡Con qué desdén leíamos el anuncio de su última novela, las curiosidades que á propósito de ella ofrecían en las primeras páginas de sus diarios los *reporters* husmeadores? Pues ahora lo leo con pasión. Tengo sobre mi mesa casi todas sus obras, que me ha prestado mi vecino, un amable estudiante de medicina, con quien me encuentro con frecuencia en el café de la esquina. Amo los libros de Zola; porque ellos nos muestran las miserias de la vida, lo real, lo positivo; el fango, la iniquidad, el vicio; lo que se vive, lo que estamos viendo y tal vez observando. ¡Ah! Ellos nos hacen odiar esos sueños de romántico trasnochado, esos de que hemos vivido, amigos míos. ¡Recuerdas todos nuestros ensueños? Para Zola estaban cerradas nuestras puertas; en cambio, recibíamos con los brazos abiertos al abuelito Lamartine, al tío Gauthier, al suegro Mussett, que nos llevaba rosas emponzoñadas y verbenas capitosas....

Estoy en París. Allá, lejos, bajo el sol ardiente y el cielo azul y límpido queda Provenza, la hechicera, la virgen que coronada de flores, duerme la siesta, sobre mullido lecho de espigas secas, al arrullo del Ródano y acariciada por la orquesta *sinfónica* de sus mirlos y sus oropéndolas. Duerme allá, entre verdes platanares llenos de cigarras que chillan y entre castaños nevados de flores y abetos de verdor eglógico, el pueblo querido que arrulló mi niñez, que abrigó mi juventud atolondrada y que tal vez calentará mi vejez, y tendrá caricia cálida ese sol amable para mis huesos viejos y marchitos!

¡Ah, mis buenas noches arlecianas! ¡Oh cosas queridas! ¡Oh tardes vagas, color de oro! ¡Cómo al recordaros siento que el alma se me anima; la nostalgia huye por breves instantes, mi labio sonrío y los ojos se humedecen de lágrimas! ¡Oh Arlés! ¡Oh mi ciudad amada, ciudad de mis mayores, de mis padres y de mi novia!

Ah! En mi mente revolotea, como pájaro feliz en su nido, un pensamiento, y ese pensamiento va y trae de la mano, á rastras, un recuerdo....

Era el crepúsculo y nosotros leíamos, hechados bajo los árboles de las afueras, al amor de los castaños olorosos y de los rayos tibios del sol que llovía sobre nuestros libros, los últimos llegados de París. Soplaba brisa fresca, que traía ráfagas de perfumes de heno fresco. Sobre la ancha hoja del platanero, las cigarras sonaban sus notas agrias: chillaba, sumido en una fronda, un mirlo presuntuoso y cerca, un ruiseñor picoteaba los granos maduros y rojos de un gajo de ubas. En la esplanada del frente, los mozos y mozas, después del trabajo, bailaban la farándula, que se desarrollaba como vasta sierpe de colorines, al

compás del pito que gemía y del tamboril que roncaba.....

.....Mientras escribo, las nieblas tejen para los techos de zinc, un espeso manto ceniciento. De la calle, sube un rumor continuo, irritante. Comienza á nevar y, el cielo está cubierto con su manto sucio y espeso.

¡Ah! París desespera!

¡Cuántas veces me ha sorprendido el alba con la pluma en ristre ó con un libro entre las manos!

Trabajo, trabajo mucho. Leo las últimas obras salidas, porque un amigo escritor, encargado de la bibliografía de *La Reforma*, me las presta, con la condición de leerlas de prisa, casi al galope. Ando tras un empleo, aunque sea un huequecito en un diario. Los fondos, las pobres monedas traídas desde allá, en el fondo de mi bolsillo, van acabándose ya. Mr. Latienne, á quien me recomendó tu padre, me ha ofrecido conseguirlo. Veré como salgo en mi empresa.

Recibe un fuerte abrazo de

JEAN.

ARTURO A. AMBROGI

Tus flores

Cuando el día clarea
Y despiertan los pájaros parleros,
Y en los rojos aleros,
Esponjando sus alas blanquecinas,
Las palomas reciben los primeros
Rayos del Sol:

Cuando de las vecinas
Selvas, las auras, derramando olores,
Bajan al prado, inquietas,
Mensajeras de púdicos amores
De nardos y violetas:

Cuando las mariposas
Irisadas, en rondas caprichosas,
Vuelan en torno á las verdinas parras
De lirios y de rosas;

Y cuando el sol se eleva iluminando
Del valle los confines,
Y en los templos de Marte los clarines
Tocan alegres diañas,
Y allá en las altas torres
Se sueltan en repiques las campanas,
Oh! entonces, así, casi dormido,
Te llamo conmovido,
Reclamándote, amor de mis amores,
Tus besos y tus flores,
Aquellas, que al venir la primavera
Ay! me entregabas con el alma entera
En otros días de placer, mejores.

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

El canto de Orfeo

Al Doctor Nicanor Bolet Peraza.

Salve, creador divino de la rima!
Que en otro tiempo, al rústico concierto solitario
Que la naturaleza exhalaba á los vientos,
Uniste la inaudita armonía de tus cantos.

Erraba el hombre por la selva umbría,
Disputaba á los brutos el abrigo del antro;
Presa de la materia de las cosas,
Su espíritu, de su áspera ferocidad esclavo,
Cual la chispa en el seno de la piedra,
Se sentía dormido en los espacios,
Oyendo, prisionero, de la fúnebre
Eternidad, el paso.

Entonces el preludio de tu sagrada lira
Pasó del mundo antiguo sobre del horror vasto,
Mezó las pajas secas de los prados estériles,
Movi6 los arenales silenciosos del páramo,
Vagó con los perfumes de las flores agrestes,
Se internó por la sombra del bosque milenario:
La virtud de tu música crispó la cabellera
—En la caverna, al eco de tu voz resonado,—
Del hombre, rey antiguo de las selvas bravías,
Que se sintió, á tu acento, cual herido del rayo.

Por la primera vez sobre el murmullo
Que levantan los vientos en la copa del árbol;
Por la primera vez sobre el ruido
Del cristalino arroyo y el torrente lejano;
Por la primera vez sobre el estruendo
Con que asordan las playas las olas del oceano:
Por la primera vez sobre del trueno;
Por la primera vez sobre del canto,
Del arrullo y la queja, del trino y los arpegios
De los pequeños pájaros;
Sobre del himno sordo, rudo é inmensurable
De la creación toda,
Sonó algo nuevo, un fiat lux:

La nota.

La virtud de tu música crispó la cabellera,
—En la caverna, al eco de tu voz resonando—
Del hombre, rey antiguo de las selvas bravías,
Por la armonía errante derribado,—
Como, andando los siglos,
Camino de Damasco,
Desgarrada una nube
Por vívido relámpago,
La luz divina de la Buena Nueva
Bajó de las alturas, y arrojó al polvo á Saulo.

Entonces fue cuando las rocas, súbito,
Y el silencioso árbol,
Y las fieras del bosque,
Fueron tras de los hombres y ellos tras de tu paso.

Fue cuando tú, Poeta,
Al mandato divino de tus cantos,
Hiciste que las piedras se formasen en muro,
Y que los hombres, dentro se tendiesen los brazos.

Tras seis mil años, ora, Poeta, dí á los pueblos
 El ministerio secular del bardo,
 El vencedor aliento de la rima,
 La centella que esconden las ráfagas del canto:
 Laborador sombrío, el egoísmo,
 Artífice enlutado,
 Ha alzado muros entre pecho y pecho,
 Entre hermano y hermano.

Di, Poeta, á los pueblos, para que la esperanza
 Vuelva al pecho del hombre desgraciado,
 Cómo la lira que hizo
 Las peñas de los montes ir en pos de tu paso
 Y edificar el muro para unir á los hombres,
 Hoy día á tu mandato,
 Puede, los negros muros que separan las almas,
 Derribarlos.

F. GAVIDIA



Teatro

Un poco respuestos de la molida que nos di-
 ra la empresa Julibert, limpiamos la enmohecida
 pluma, según expresión del Conde Paúl, de ese
 noble por su seudónimo y por sus aspiraciones;
 y junto con la pluma, sacamos todos los trastos
 de escribir, uno á uno, como pudiera hacerlo con
 sus libros y cuadernos, un estudiante *enzacatado*,
 después de largas y deliciosas vacaciones. Ea,
 pues, desperezarse ¡y al teatro!

Tras los dramas de Julibert, vinieron las zar-
 zuelas de Buxéns, y en busca de distracciones,
 nos vamos tras ellas, á ver si logramos dejar
 nuestro spleen en las butacas. Llegamos, nos sen-
 tamos y.....no vencimos, como César,
 sino que esperamos una eternidad y media. Mien-
 tras clavan decoraciones y cuchichean telón aden-
 tro, observamos. Lleno completo. Las butacas,
 cada una *chineando* á su hombre. Los palcos,
 unos con *ellos*, otros con *ellas*, y los demás con
ellos y con *ellas*. Silencio profundo, inquietas mi-
 radas, emoción completa ¿qué pasa? Quién pasa
 y quién entra en su palco, es la soberana y cán-
 dida hermosura de una morena de rechupete. ¡Olé,
 salero! ¡bendita seas tú y Dios que te hizo! ¡Cás-
 pita! ¡Y qué re-sal! ¡Y qué ojos!.... Cuando
 pases por el cuartel ¡canástoles! ten mucho cui-
 dado con la pólvora; y cuando pases por mi casa
 ¡baristóles! ten cuidado conmigo, que sin ser
 pólvora, me puedo incendiar también y.....

Pero chitón,
 Que se levanta el telón.

“El Rey que Rabió” tiene letra chispeante é
 intencionada, como que es de Vital Aza, y músi-
 ca encantadora. Su representación, allá veremos.

La señora Quiñones hizo nn rey-niño muy
 simpático. Tiene voz limpia y dulce y adema-
 nes desembarazados, y la interpretación de su pa-
 pel no hubiera dejado que desear, si hubiera
 puesto más calor en ciertas escenas.

Rosa (la señora Ferrer de Flores) se hizo
 aplaudir bastante, cuando cantó el aria del se-

gundo acto. Tiene una voz suave, de la que sa-
 be sacar partido, á veces.

El señor Flores tiene una buena voz de ba-
 rítono, con la cual llena el teatro, y es lástima
 grande que no se le entienda gran cosa, por te-
 ner una vocalización poco clara. Tuvo buenos
 ratos en su papel de *General*, y *cun un puqui-*
titu de más calor, y *otru puquititu* de más agili-
 dad, el éxito hubiera completo.

El señor Buxéns tiene buenas dotes para có-
 mico, de las que saca provecho cuando se propone
 hacerlo: la cuestión es que se proponga. Un po-
 quillo exagerado es, y por esto tiene que buscar
 con mucho cuidado sus papeles. Su voz de barí-
 tono es llena, vocalización poco clara, como todos
 los de la compañía, excepto la señora Quiñones.

Jeremías (Señor Diestro J.) *jirimiquió* mu-
 cho, pero no sirvió.

Ojalá nos equivoquemos, pero tenemos la
 creencia de que los señores Diestros son poco
diestros para ejecutar con *destreza* sus papeles.

Al señor Escriña habrá que escogerle un pa-
 pel especial, para que tenga éxito, verbi-gratia,
 el de estatua del Comendador ó de cualquier
 otro.

Los coros, con excepción del de *segadores*,
 que fué justamente aplaudido, dejan mucho que
 desear. El preciosísimo de los Doctores, no estu-
 vo bueno; pero se ve que lo pueden hacer mejor,
 pues la emoción no los dejó soltar enteramente
 la voz.

El que de veras estuvo malo, fué el coro final.
 Allí, además del Rey y el perro, rabió la concu-
 rrencia.

Hacemos constar, que tenemos la creencia
 de que más tarde rectificaremos algunos de nues-
 tros juicios sobre varios actores, pues no los co-
 nocemos todavía bien.


Vislumbramos en los señores Diestros algu-
 nas felices disposiciones para papeles chistosos:
 ¡ojala no salgan fallidas nuestras esperanzas!

La orquesta, mala, mala, mala.

Los entractos largos, largos, largos.

Las coristsa feas, feas, feas.

CIRRUS

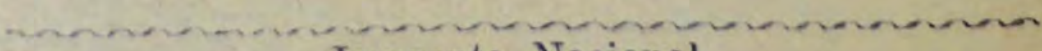


Pétalo suelto

Tiemblan de amor, cuando la aurora nace,
 los pudorosos lirios,
 y exhalan su fragancia al blando beso
 que les imprime el viento fugitivo.

Y una niña, al nacer la bella aurora
 de su primer cariño,
 si la imprimen un beso, toda su alma
 la exhala, temblorosa, en su suspiro.

R. MAYORGA RIVAS.


 Imprinta Nacional.